



fundación  
Ramón y Katia Acín

## Vicente Blasco Ibáñez 2. El aventurero hombre de bien



En esta segunda entrega os presentamos nuevos escritos sobre Vicente Blasco Ibáñez: Su pasión por el viaje, por sus amores, o su coherente republicanismo lo convirtieron en feroz enemigo, primero del dictador Miguel Primo de Rivera y luego del fascismo y del nazismo. Con esta entrega finalizamos esta excepción –que no será la única- a la continuidad de *Ramón Acín toma la palabra* que proseguirá la serie cronológica completa de su obra periodística que nuestra Fundación publicó en 2015 con Random House y al cuidado de Carlos Mas y Emilio Casanova.

## Vicente Blasco Ibáñez, el cronista rebelde que dio la vuelta al mundo

National Geographic

Escritor, periodista y político, el valenciano Vicente Blasco Ibáñez es autor de una vasta producción narrativa entre la que destacan novelas como 'La barraca' y 'Cañas y barro'. Republicano convencido, tuvo numerosos problemas con las autoridades y acabó en prisión más de una vez. Blasco Ibáñez fue también un viajero infatigable que daría la vuelta al mundo. Además, su obra traspasó fronteras y llegó a la gran pantalla de la mano de grandes directores de Hollywood.

Nacido en Valencia el 29 de enero de 1867, Vicente Blasco Ibáñez es uno de autores más respetados e influyentes de finales del siglo XIX y principios del XX, además de uno de los miembros más destacados de la Generación del 98. Blasco Ibáñez, antimonárquico y republicano declarado, participó activamente de la política española de su tiempo. El autor valenciano plasmó sus ideas en *El Pueblo*, el periódico que fundó en el año 1893, unas ideas que acabarían llevándole a la cárcel en más de una ocasión.

### Valencia en el corazón

De padres aragoneses, Vicente Blasco Ibáñez nació en Valencia, y, según contaría años después, una de las primeras imágenes que recordaba de su infancia fueron las barricadas que se levantaron en su calle cuando él tenía seis años, durante la rebelión cantonal que estalló al inicio de la Primera República.

En su juventud, Blasco Ibáñez estuvo muy ligado al famoso editor y escritor aragonés Mariano de Cabrerizo, cuya influencia hizo del joven un ávido lector, en especial de autores románticos como Manzoni o Lamartine. Según el historiador valenciano Ramiro Reig, *Los Miserables*, del escritor francés Víctor Hugo, marcaría de tal manera al joven Blasco Ibáñez que a "partir de ese momento tuvo claro lo que iba a ser: un escritor revolucionario".

A Blasco Ibáñez le fascinaba profundamente la huerta valenciana, un paisaje que dejó huella en su alma cuando de pequeño recorría con su madre, Ramona, aquellos terrenos exuberantes. Asimismo, se sentía profundamente impresionado cuando veía una vieja y desvencijada barraca que se desmoronaba en la soledad del campo. Sería precisamente este paisaje de su juventud el escenario de su primera obra titulada *Carmen*, quizás inspirada en un primer amor.

Blasco Ibáñez hizo muy pronto sus primeras incursiones en el mundo de la prensa, en el semanario *El Miguelete*, que posteriormente pasaría a llamarse *El Turia*. Aunque el periódico que resultó clave para el desarrollo de sus proyectos periodísticos fue el que fundó él mismo en el año 1894, y al que llamó *El Pueblo*. Blasco Ibáñez llenaría sus páginas de más de mil artículos, incontables gacetillas y otros artículos sin firmar.

### El Blasco Ibáñez más político

Tras una escapada a Madrid, donde conocería al folletinista Manuel Fernández y González, Blasco Ibáñez regresó a Valencia donde siguió cursando la carrera de Derecho, que había comenzado en 1882. En la ciudad del Turia empezó a asistir a las reuniones que organizaba el Partido Republicano Federal en el casino de las Juventudes Federales, donde el escritor empezó a pronunciar discursos que, ante su propia sorpresa, entusiasmaban a los asistentes.



Precisamente fueron algunos de estos discursos los que lo acabarían llevando, según el propio Blasco Ibáñez, una treintena de veces a prisión. Pero la gota que colmó el vaso fue cuando se enteró de que Enrique de Aguilera y Gamboa, marqués de Cerralbo, uno de los principales líderes carlistas, estaba en Valencia. Blasco Ibáñez hizo entonces un llamamiento a boicotear su presencia en la ciudad desde el periódico *La Bandera Federal*. Acusado de injurias, el escritor tuvo que huir a París, donde trabajó como periodista entre 1890 y 1891.

Durante su exilio parisino, su afición a la historia quedó reflejada en diversas obras, como la *Historia de la revolución española*, que empezó entonces a escribir. Asimismo, desde la capital francesa, Blasco Ibáñez presentó su candidatura como diputado a las elecciones de 1891 por el partido Unión Republicana y se acogió a una amnistía para poder regresar a su Valencia natal.



Blasco Ibáñez durante un mitin republicano en el frontón central de Madrid, en mayo de 1905

ra, donde escribiría un cuento titulado *Venganza moruna*, que constituiría el germen de una de sus novelas más celebradas, *La barraca*. De hecho, durante aquellos años de activismo político verían la luz algunas de las que están consideradas como sus mejores novelas: *Arroz y tartana* (1894), *Flor de Mayo* (1895) *Entre naranjos* (1900) y *Cañas y barro* (1902).

Ese mismo año, Blasco Ibáñez se casaría con María Blasco del Cacho, con la que tuvo cuatro hijos: Mario, Libertad, Julio César y Sigfrido. Dedicado a numerosos proyectos editoriales, Blasco Ibáñez fundó junto a su amigo Miguel Senent la editorial *La Propaganda Democrática* y junto a Francisco Sempere editó *La Historia de la Revolución Francesa*. También fundó la editorial Prometeo, con la que publicaría obras de Shakespeare, Quevedo y Tolstoi, entre otros autores universales.

¡Blasco Ibáñez, condenado!

La sublevación en Cuba, en 1896, que supuso el envío inmediato de tropas a la isla, motivó la ira de Blasco Ibáñez que en un artículo titulado *El rebaño gris* se expresaba en estos términos: "Los que sobrevivan, si pueden volver a España, tienen asegurado el porvenir. Entre los que les despidieron ayer no faltará quien les compre los abonares irrisorios con un descuento del 99 por 100. Si quedan inválidos, pueden aprender a tocar la guitarra para pedir una caridad a cualquiera de esas familias enriquecidas en Cuba y es posible que, desde sus carruajes, les arrojen dos céntimos".

Movido por su activismo, participó en una manifestación declarada ilegal contra Estados Unidos, por lo que fue de nuevo condenado a prisión, aunque logró escapar y refugiarse en una barraca de Almàsse-



Al final, a raíz de un enfrentamiento con su amigo el político y escritor Rodrigo Soriano, Blasco Ibáñez dejó de escribir novelas con Valencia como telón de fondo y publicó *La Catedral* en 1903, en la que narra las aventuras de un seminarista llamado Gabriel Luna que, tras el fin de la tercera guerra carlista, se instala en Francia. De esta nueva etapa son *El Intruso* (1904), *La Bodega* (1905) y *La Horda* (1905).

Por aquella época, Blasco Ibáñez conoció a una mujer chilena llamada Elena Ortúzar, que marcaría de manera decisiva su vida y su obra (con Elena se casaría en segundas nupcias en 1925, tras enviudar de María). De ese período son la publicación de *La maja desnuda* (1906), *Sangre y arena* (1908) y *Los muertos mandan* (1909).

Blasco Ibáñez emprendió entonces un viaje por Europa que lo llevaría hasta Turquía, un periplo cuyas experiencias narra su obra *Oriente* (1907). Más fascinante sería para el autor su viaje a Argentina, donde impartió conferencias relacionadas con temas de la actualidad española. También viajó por tierras chilenas. Finalmente, en 1914 regresó a París.

### Vuelta al mundo y exilio

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, Blasco Ibáñez publicó *Historia de la guerra europea de 1914*, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916), *Mare Nostrum* (1918) y *Los enemigos de la mujer* (1919). En 1922 se publicó *La tierra de todos* y en agosto de ese mismo año ultimó los preparativos de uno de sus proyectos más ambiciosos: dar la vuelta al mundo.

Como era de esperar, este largo periplo de Blasco Ibáñez daría lugar a un entretenido relato de viajes al que tituló *La vuelta al mundo de un novelista* (1924). A su regreso a Francia, e instaurada en España la dictadura de Primo de Rivera, reaparecería el Blasco Ibáñez más combativo, que volvería a denunciar la situación política que se vivía en su país. A esto hay que añadir sus virulentos ataques contra Alfonso XIII, que, de nuevo, desencadenaron una serie de procesos judiciales contra el escritor y la persecución de su familia en España.

Retirado en la Costa Azul, Blasco Ibáñez publicó varias obras más: *El Papa del mar* (1925), *A los pies de Venus* (1926) y, de manera póstuma, *En busca del gran Kan* y *El caballero de la Virgen* (1929). Un día antes de cumplir los sesenta y un años, el 28 de enero de 1928, el prolífico escritor valenciano murió como consecuencia de una neumonía que había contraído.

Tras la proclamación de la II República en España, el 29 de octubre de 1933, sus restos regresaron a su Valencia natal, donde el escritor había expresado su voluntad de descansar para siempre. Fueron recibidos en un acto multitudinario por el presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, y por el alcalde de la ciudad. Trasladado por voluntarios, en su féretro, en cuya tapa podía verse un libro abierto, diseñado por el escultor valenciano Mariano Benlliure, donde podía leerse *Los muertos mandan*, el título de uno de sus libros.

### El salto a la gran pantalla

La obra de Blasco Ibáñez ha traspasado fronteras y algunas de sus novelas, con los años, darían el salto a la gran pantalla. Podemos decir que el escritor valenciano triunfó en Hollywood. Así, algunos de sus guiones fueron adquiridos por la Metro, como por ejemplo *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* en 1921 y *Sangre y arena* en 1922. Ambas películas fueron protagonizadas por el galán de la época, Rodolfo Valentino.

Estas dos cintas tendrían su *remake* años después de la muerte del autor. *Sangre y arena* en 1941, con el actor Tyrone Power como protagonista, y *Los cuatro jinetes del apocalipsis*, que volvió a ser llevada al cine de la mano del director Vicente Minelli en 1962. Aunque no serían estas las únicas novelas de Blasco Ibáñez que fueron convertidas en películas, sobre todo en España, donde muchas de sus novelas han sido llevadas al cine como *La barraca* (1979), *Cañas y barro* (1954 y 1978), de nuevo *Sangre y arena* (1989) y *Entre naranjos* (1998). La última ha sido *Arroz y Tartana*, de Antonio Escrivá, en el año 2003. □





## Vicente Blasco Ibáñez, escritor de éxito y luchador republicano

La Haine. 23 septiembre 2024

Además de denunciar a la dictadura primorriverista y al soberano que la sostenía, proclamaba su insobornable convicción republicana

### Escritor de éxito internacional

Luego del fracaso en Argentina (Ver aquí ) y acuciado por la falta de dinero, decidió convertirse en fabricante de los que después se llamarían best sellers. Su nuevo lugar de residencia era París, epicentro en ese entonces de la actividad cultural internacional. Allí esperaba armar su plataforma de lanzamiento.

La gran guerra se desata en el verano de 1914 y la primera aproximación de Blasco al tema es en el campo periodístico. Logra colocar en los diarios grandes reportajes a propósito del conflicto, tanto en el frente como en la retaguardia. Está claro que el hombre no es ningún neutralista. Se alinea fervoroso con la entente, y en particular con Francia.

Acompaña el abordaje periodístico con una publicación en fascículos que trata de la contienda, Historia de la guerra europea. Unos y otros materiales lo conducen a visitar los frentes y a conocer las acciones de apoyo en la retaguardia. Se le abrían así las posibilidades de reingresar a la escritura de ficción, con el conflicto como factor desencadenante de toda la trama.

Estaba comprometido con el desarrollo de la lucha mucho más que la mayoría de los periodistas franceses. Percibió la escritura de una novela bélica que alcanzara gran difusión como un vehículo para formar opinión a favor de los aliados.

Al parecer el presidente francés Raymond Poincaré le sugirió una novela sobre la guerra al servicio de "la batalla por la opinión". Y entonces su decisión consistió en volcar en el terreno de la ficción sus vivencias del conflicto bélico y el análisis del mismo.

El resultado fue *Los cuatro jinetes del apocalipsis*. Es probable que el valenciano no sospechara que esa obra le iba a cambiar la vida por completo.

La trama tenía reminiscencias de su prolongada estada en Argentina. Estaba protagonizada por dos familias de ese país, emparentadas entre sí por línea materna.

Las respectivas ascendencias paternas eran en un caso francesa y otra alemana. Se van a vivir a Europa y sus jóvenes terminan combatiendo en los bandos opuestos de la guerra. La trama tuvo un efecto fascinante sobre el público estadounidense.

Gozó de un éxito tan considerable que le hizo ganar millones en poco tiempo. Se publicó por primera vez en 1916, todavía en pleno transcurso de la guerra. Su repercusión europea fue moderada; la gran novela de guerra en ese continente era *Sin novedad en el frente*, de Erich María Remarque.

Sería en EEUU donde se convirtió en un fenómeno de masas, un notable suceso tanto literario como mercantil. Unos años después, en 1921, se la llevó al cine, con el muy afamado Rodolfo Valentino como protagonista. La exhibición del filme reavivó el suceso de la novela. Incluso se vendían todo tipo de recuerdos y objetos de uso con motivos alusivos al libro.



Una nueva gira de conferencias por continente americano lo lleva por los escenarios más variados. Escribe numerosos artículos para la prensa, que le pagan muy bien. Hasta hubo quien afirmó que se había convertido en el hombre más popular de EEUU y tal vez de todo el continente.

En un viaje de regreso a España en 1921 después de años, al pasar por su tierra natal se lo recibe con un entusiasmo desbordante. El municipio de la ciudad le pone su nombre a la calle donde nació. Parece volver a sus días de dirigente político que cautivaba a sus oyentes. Lo acompañaban los vivas a la libertad y a la república, manifestaciones que adquirirían creciente significado a la luz del ya manifiesto declive de la monarquía y del sistema político clientelista y fraudulento que la acompañaba.

Decidió realizar un viaje alrededor del mundo, redactando crónicas periodísticas muy bien remuneradas. Recopilará esos escritos en *La vuelta al mundo de un novelista*, otra contribución a su fama.

### Contra la dictadura de Primo de Rivera

Poco antes de iniciar su vuelta al mundo, en España se había instaurado la dictadura del general Miguel Primo de Rivera. El hasta entonces capitán general de Cataluña había asumido poderes dictatoriales con el completo aval del rey, Alfonso XIII.

En medio de una crisis política e incluso militar (importantes derrotas en Marruecos) el monarca decidió dejar de jugar la carta del régimen liberal fraudulento, que tenía más de 50 años de vigencia, e intentó la vía del autoritarismo, tal como ocurría por entonces en Italia.

La primera reacción de Blasco frente a la dictadura fue la continuación del talante de prescindencia política que venía sosteniendo desde 1908. No duró mucho en esa actitud. Se decidió a combatir al nuevo régimen y declaró: «Tengo energías suficientes para luchar otra vez».

Los ataques dictatoriales a los intelectuales, como el confinamiento de Miguel de Unamuno en la isla de Fuerteventura (Canarias) contribuyeron a decidirlo. Se lanza a la liza mediante un discurso en el homenaje anual que se hacía en París al fallecido Emile Zola.

Entonces dice acerca del escritor francés: "Nació en un tiempo en que era preciso defender la libertad y la verdad, y las defendió ofreciendo bienestar, fama y vida...". A lo que agregó: "A ningún hombre que pueda tener eco en España y en el mundo entero le es lícito callar en estos momentos."



Alfonso XIII despachando con Primo de Rivera tras su golpe de estado sept 1923



Al periodismo llegó tras haberse convertido en abogado a los 23 años. Pero lo suyo no era la toga sino la agitación desde el editorial de los periódicos y el atril de la política. Su posición combativa y anticlerical lo llevó a varias estancias en la cárcel y a condenas al exilio. En las páginas de su vida hay amores (estuvo casado en dos ocasiones), duelos (en uno de ellos, la hebilla del cinturón le salvó la vida), un viaje alrededor del mundo que duró seis meses, cine (en vida del autor se



llevaron a la gran pantalla varias de sus obras) y un retiro dorado en su Fontana Rosa de Menton. Allí, en la patria de su admirado Víctor Hugo, siguió planeando nuevas obras y quehaceres cotidianos hasta los últimos días su vida, entre ellos, la reforma de su jardín «para que se parezca a Valencia y me recuerde a cada instante el olor y el color de mi tierra».

El efecto más tangible de su compromiso contra la dictadura fue la publicación de folletos con críticas acerbas al dictador y al monarca, en diatribas acompañadas por la exaltación de los principios republicanos. En 1924 publica *Una nación secuestrada (El terror militarista en España)*, seguido al año siguiente por *Lo que será la República española (Al país y al ejército)* y *Por España y contra el rey (Alfonso XIII desenmascarado)*.

En esos textos, además de denunciar a la dictadura primorriverista y al soberano que la sostiene, proclama su insobornable convicción republicana.

Además de publicar esos folletos crea y financia la revista *España con honra*, órgano de oposición a la dictadura desde el exilio. La prensa española instrumenta una campaña difamatoria en su contra. El ayuntamiento de Valencia se suma quitando la placa con su nombre de la calle que la ciudad le había dedicado.

La persistente lucha antidictatorial sólo se vería interrumpida por su muerte, en enero de 1928, cuando estaba por cumplir 61 años.

Sus restos serían repatriados y sepultados en Valencia en 1933, ya establecida la segunda república española. Tuvo lugar un funeral al que asistieron muchos miles de personas.

Lo sobrevivía su obra, y en particular sus novelas. Parte de las iniciales, las "valencianas", y las subsiguientes, con transcurso fuera de la región e imbuidas de la por entonces llamada "cuestión social", fueron las más perdurables en la apreciación literaria y en el favor del público.

Incluso por encima de las posteriores, que alcanzaron mayor acogida en la época en que fueron editadas pero hoy se leerían con menos interés.

Blasco practicó con éxito la no tan frecuente amalgama entre escritor de ficción y dirigente político. Y pasó a la historia no sólo como novelista sino en carácter de luchador republicano. □



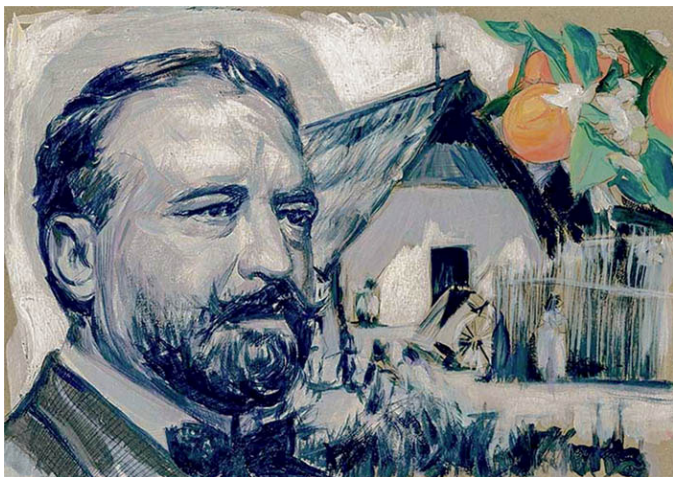
## EL GENIO INDISCUTIBLE

Isabel Domingo. Diario *Las Provincias Extra 150 aniversario. Valencia 2015*

Quiero descansar en el más modesto cementerio valenciano, junto al ‘mare nostrum’ que llenó de ideal mi espíritu; quiero que mi cuerpo se confunda con esta tierra de Valencia, que es el amor de todos mis amores» (‘Vicente Blasco Ibáñez’, J. L. León Roca).

La frase, pronunciada el 17 de mayo de 1921 en el Cabanyal, bien podría haber sido el epitafio del escritor y político Vicente Blasco Ibáñez, uno de los valencianos que se labró con sus manos el título de universal. Un hombre prodigioso que paseó triunfalmente el nombre de Valencia por el mundo entero y al que, quizás, aplicando lo mismo que el catedrático de Historia de la Iglesia Miguel Navarro dijo sobre Sant Vicent Ferrer, «los valencianos sin querer lo hemos hecho un poco provinciano».

Sin embargo, hay muchos Blascos más allá del escritor de ‘Cañas y barro’. Él mismo, durante su viaje a Norteamérica, acuñó un currículum exprés que repitió en varias ocasiones: «Mi vida es acción y aventuras. Yo fui un inflamado revolucionario. Pronuncié discursos, escribí artículos contra la opresión y estuve preso 30 veces. Sí, 30 veces, por cuestiones políticas, y de ello me enorgullezco». Así era este hijo de padres aragoneses que buscaron una vida mejor en tierras valencianas y que desde niño vivió en medio de la tensa situación política de España.



Blasco Ibáñez-Ilustración Luis Lonjedo-  
Diario *Las Provincias Extra 150 aniversario*

Gran aficionado a la música y a la lectura, las páginas de ‘Los miserables’ de Víctor Hugo marcaron los pasos de una vida revolucionaria y aventurera, caracterizada por el deseo incesante de explorar nuevos caminos, lo que le llevó a dejar huella en París, Argel, Turquía, Estados Unidos, Suiza, Cuba, Chile, México, Buenos Aires... De su fascinación por esta última surgiría un libro y la compra de miles de hectáreas para fundar las ciudades ‘Cervantes’ y ‘Nueva Valencia’ en tierras argentinas, empresa en la que fracasó. Era 1910 y su éxito ya era arrollador.

Aquel emprendedor valenciano es, en aquellos años, un escritor popular, avalado por el éxito de ventas internacionales, y un acomodado millonario a quien la fortuna, sin embargo, no detiene su espíritu inquieto. Valga un ejemplo: fue el presidente de la República francesa R. Poincaré quien le animó a escribir sobre la Primera Guerra Mundial y el valenciano no lo dudó ni un momento. Así vieron la luz su ‘Historia de la guerra europea de 1914’ y ‘Los cuatro jinetes del Apocalipsis’. Así, no es exagerado decir que su vida fue su mejor novela.

Porque Blasco Ibáñez fue hombre rebelde, escritor incansable y luchador infatigable por sus principios. Escribió y dirigió periódicos (‘El Turia’, ‘La bandera federal’, ‘El Pueblo’); participó y lideró una parte de la política republicana, demostrando su gran capacidad de persuasión y oratoria; fue diputado en las

Cortes; montó negocios editoriales (Prometeo)... Y siempre fue un idealista enamorado de la acción que no dudó en poner a disposición de una causa que entendía justa su tiempo, su dinero y su vida. De ahí otra de sus empresas: difundir millones de obras a un precio asequible para la gran mayoría, convencido de que la educación y la cultura tenían que ser para el pueblo. Fue así, en los folletines de ‘El Pueblo’, donde aparecieron las novelas que constituirían el ciclo valenciano (‘La barraca’, ‘Entre naranjos’...) y que lo consagrarían como gran escritor del momento.





Aquel emprendedor valenciano es, en aquellos años, un escritor popular, avalado por el éxito de ventas internacionales, y un acomodado millonario a quien la fortuna, sin embargo, no detiene su espíritu inquieto. Valga un ejemplo: fue el presidente de la República francesa R. Poincaré quien le animó a escribir sobre la Primera Guerra Mundial y el valenciano no lo dudó ni un momento. Así vieron la luz su 'Historia de la guerra europea de 1914' y 'Los cuatro jinetes del Apocalipsis'. Así, no es exagerado decir que su vida fue su mejor novela.

Porque Blasco Ibáñez fue hombre rebelde, escritor incansable y luchador infatigable por sus principios. Escribió y dirigió periódicos ('El Turia', 'La bandera federal', 'El Pueblo'); participó y lideró una parte de la política republicana, demostrando su gran capacidad de persuasión y oratoria; fue diputado en las Cortes; montó negocios editoriales (Prometeo)... Y siempre fue un idealista enamorado de la acción que no dudó en poner a disposición de una causa que entendía justa su tiempo, su dinero y su vida. De ahí otra de sus empresas: difundir millones de obras a un precio asequible para la gran mayoría, convencido de que la educación y la cultura tenían que ser para el pueblo. Fue así, en los folletines de 'El Pueblo', donde aparecieron las novelas que constituirían el ciclo valenciano ('La barraca', 'Entre naranjos'...) y que lo consagrarían como gran escritor del momento.



Al periodismo llegó tras haberse convertido en abogado a los 23 años. Pero lo suyo no era la toga sino la agitación desde el editorial de los periódicos y el atril de la política. Su posición combativa y anticlerical lo llevó a varias estancias en la cárcel y a condenas al exilio. En las páginas de su vida hay amores (estuvo casado en dos ocasiones), duelos (en uno de ellos, la hebilla del cinturón le salvó la vida), un viaje alrededor del mundo que duró seis meses, cine (en vida del autor se llevaron a la gran pantalla varias de sus obras) y un retiro dorado en su Fontana Rosa de Menton. Allí, en la patria de su admirado Víctor Hugo, siguió planeando nuevas obras y quehaceres cotidianos hasta los últimos días su vida, entre ellos, la reforma de su jardín «para que se parezca a Valencia y me recuerde a cada instante el olor y el color de mi tierra». □



## Vicente Blasco Ibáñez. Un gigante marginado

Manuel Bas Carbonell. *Debats. Revista de cultura, poder i societat*. Número 64-65. Diputació de Valencia, 1999. Pgs. 79-86

Concluido ya el Año Blasco Ibáñez, considero que el resultado obtenido de las diversas exposiciones organizadas, de las conferencias y mesas redondas celebradas, los escritos en catálogos, publicaciones, crónicas y artículos periodísticos, es totalmente favorable y positivo, con llamativos cambios de opinión en destacados discrepantes. Motivado todo ello por los rigurosos estudios efectuados sobre su biografía, resaltando defectos y virtudes, con rigor y seriedad, sin prejuicios ni tópicos, utilizando por primera vez una inédita documentación, especialmente epistolarios que hasta la fecha no habían visto la luz pública.

El Año empezó con una muestra sobre la Valencia vivida por Blasco a caballo de dos siglos. La ciudad provinciana, agrícola y burguesa, de pequeños comerciantes y tenderos como sus propios padres. Ciudad que pronto se quedó estrecha y pequeña a un apasionado y tenaz inconformista. Un Blasco periodista, editor y director de su propio periódico *El Pueblo* (1894-1939), desde el que fustigaba a una sociedad acomodada y aburguesada, que se estremecía cada día con los atrevidos artículos del joven revolucionario, así como sus primeras novelas, como *La araña negra* (1892) en la que combatía ferozmente a la Orden de Jesús. Tal vez para vengarse de su expulsión del Colegio religioso en el que cursaba estudios. Él mismo confiesa en los *Domadores del éxito*, "En el colegio empecé a sentir con cierta fuerza la vocación de escribir. Aquellos escritos

míos hicieron que en el colegio empezaran a mirarme con prevención. Entonces escribí algunas sátiras contra mis maestros, sátiras terribles porque tenían todo el atrevimiento de la inconsciencia y de la ignorancia. Acabaron por echarme de muy buena manera; pero ello fue que me echaron". Blasco, en esta primera época, se dedicó, como ha escrito el profesor Antonio Laguna, al periodismo combativo, el medio que le servirá para manifestar y defender sus ideales revolucionarios. A los diecisiete años, inicia un camino sin retorno, edita las revistas *El Turia* y *El Miguelete* y *La Bandera Federal* (1889-1894) para fundar después su propio periódico, *El Pueblo*, publicado hacia el final de la Guerra Civil, en 1939, a la vez que con su amigo, el antiguo librero Francisco Sempere, emprende el negocio de editor, fundando la editorial "Prometeo". Ni lo más sagrado fue respetado por un atrevido Blasco que ataca al trono, al clero, al gobierno y los militares, a la vez que defiende a las clases populares, que le admiran y siguen enfervorizadas sus artículos y mítines políticos que le acarrea destierros, cárcel, clausuras y exilios: "He estado preso unas treinta veces", decía Blasco. Puso a disposición de una causa que entendía noble y justa su tiempo, su dinero y hasta su vida. Todo en él era intenso. Un Blasco ambicioso y audaz apunta el modelo de periodismo agresivo y provocador que iba a marcar la vida de *El Pueblo*. Un periodismo que no conoce el descanso ni la derrota, desde el que fustiga duramente la nefasta política colonial de Ultramar con artículos como: "¿Que vayan todos: pobres y ricos!" "¿¡El rey se divierte!?", "¡Esclavos de la miseria!" "¡Carne de pobre!" artículos que tantos quebraderos de cabeza le ocasionaron.



Blasco Ibáñez con los miembros de la redacción de *El Pueblo* hacia fin del S XIX o ppios XX





Émile Zola por Edouard Manet, 1868

En el marco político tal vez encontramos al Blasco polémico y contradictorio. Defensor de los oprimidos desde una óptica burguesa, que no llega al socialismo, movimiento que no le perdonó que se atrajera a las clases populares como defensor de los Derechos Humanos y la República. Denunció el caciquismo en una época en que éste manejaba los resortes del poder, lo que le acarreó muchos odios y sinsabores.

Alcanzó seis veces el acta de diputado, la primera en 1898, como jefe del Partido Federal Republicano, siguiendo las ideas federalistas de Pi i Margall, hasta 1909, en que voluntariamente abandona la política cansado de los duros ataques de su antiguo socio Rodrigo Soriano, tras el artículo de éste "Revolucionario de entretiempo", que sirvió para que la oposición se mofase de Blasco, quien se vio obligado a abandonar las novelas valencianas para demostrar sus ideales revolucionarios. A este fin, hubo de adentrarse -al igual que Pío Baroja en la novela social, publicando *La catedral*, *La horda*, *La bodega* y *El intruso*, que transcurren en Toledo, Madrid, Jerez y Bilbao, respectivamente, si bien en toda la obra de Blasco palpita la denuncia de las injusticias, como en *La barraca*, o de la corrupción, como en *Entre naranjos*.

Fue defensor apasionado de su maestro Émile Zola, para el que consiguió un manifiesto con 34.000 firmas, recogidas a la puerta del periódico *El Pueblo*, en apoyo de su artículo "J'Accuse", publicado en *L'Aurore*, en enero de 1898, con relación al proceso Dreyfus. En 1924, veintidós años después de la muerte de Émile Zola, Blasco presidía la peregrinación a Medan, donde reposaban sus restos. *Le Quotidien* trazaba un paralelismo entre ambos novelistas, condenados por sus respectivos países por el coraje y la valentía en la lucha contra la tiranía y el fanatismo.

Su simpatía por la nación gala le impulsó a traducir y publicar en la editorial Prometeo, las *Obras completas* de Voltaire y la *Historia de la Revolución Francesa*, de Michelet. Cuando murió Blasco cumpliendo su última voluntad, sólo la Gran Cruz de la Legión de Honor francesa presidió su féretro, en un entierro multitudinario en Mentón, entre salvas del ejército francés e italiano, que sólo fue superado con su traslado a Valencia, en 1933, cuando las armadas francesas y españolas trajeron su ataúd, a bordo del acorazado Jaime I, al puerto de Valencia, donde le esperaba el presidente, el gobierno en pleno de la República y las autoridades municipales. Durante la Gran Guerra del Catorce, mientras la mayoría de los pertenecientes a la mal llamada Generación del 98, pierden una vez más el hilo de la historia, defendiendo posturas militaristas y germanófilas, Blasco Ibáñez apuesta fuerte por la democracia y los intereses proaliados de Francia y EE.UU.

Postura pro-aliada que le acarreó grandes enemistades en España, como pudo comprobar en el viaje de 1915. En Valencia le prohíben un banquete, en Madrid le acogen fríamente y en Barcelona, la guardia civil, por primera vez en su vida, le tiene que proteger del gentío. En cambio Azorín, Pío Baroja y tantos otros que tuvieron en su juventud un sarpullido revolucionario se van alineando hacia la dictadura y el fascismo, cuando no conviviendo con los gobiernos del momento, acomodados a la situación.

En 1925, Blasco Ibáñez, cuando sus días ya estaban contados por la diabetes y descansaba en su dorado retiro de la Costa Azul, no dudó un instante en aceptar el llamamiento de Unamuno, y abandonar Fontana Rosa para trasladarse a París y escribir los más inflamados panfletos contra la Monarquía de Alfonso XIII y la Dictadura del general Primo de Rivera, acaecida durante su periplo mundial que se llevó la promesa de nominarle para el Nobel de Literatura.



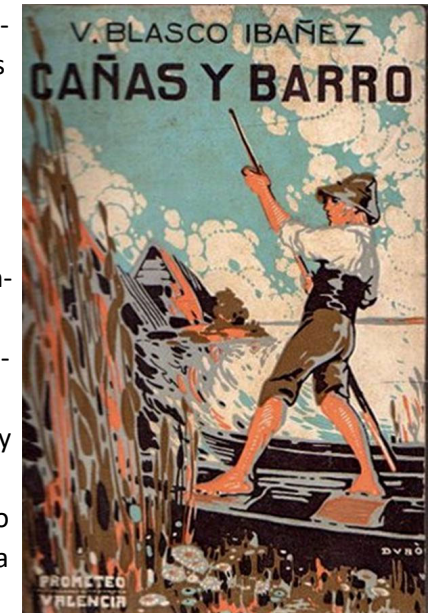


Publicó títulos como *España con honra*, *Alfonso XIII, desenmascarado*, *Por España y contra el Rey*, *Una Nación secuestrada*, *El Terror militarista en España* y *Lo que será la República Española*, este último verdadero testamento que después recogería la Constitución de la II República española. Artículos que en España representaron la represión de su familia y el encarcelamiento de su hijo Sigfrido, que fueron los que verdaderamente sufrieron sus panfletos políticos, de los que llevó a imprimir a sus expensas dos millones de ejemplares para lanzar desde un avión sobre las principales capitales de España. Tal vez de no haber muerto en 1928, Blasco Ibáñez hubiera sido el primer presidente de la República española.

Las críticas de sus compañeros que nunca pisaron las trincheras, le llegaron a Blasco justamente por ser consecuente con sus ideales. Su error fue el ir mucho más de lo esperado en un escritor de mesa y brasero. Sus coetáneos se lamentan de una España que no les gusta, pero son incapaces de tomar parte activa, mientras Blasco no se contentaba con denunciar en sus escritos la corrupción y la injusticia, sino que lo ponía en práctica, hasta hacer peligrar su vida y su fortuna, superando realmente con acciones directas la ficción de su producción literaria. En más de veinte duelos tuvo que defender sus posturas. Blasco Ibáñez no fue escritor ni político por devoción, ni por aspiración, lo fue por necesidad vital. Era un comunicador nato, un divulgador de cultura, un difusor de su ideario republicano y democrático.

Como apunta Andrés Trapiello en *Los nietos del Cid*, cuando Blasco escribe *Cañas y Barro* (1902), ya es diputado a Cortes, cuando los demás compañeros de letras se debatían todavía en delicuescencias de orden literario, diarios de pequeños filósofos, dandismos y lirismos a lo Wordsworth. Blasco, que muy bien podía haberse quedado en Valencia como escritor burgués y localista junto a su familia, era diputado, tenía el palacete de la Malvarrosa, con una bien nutrida biblioteca, un periódico y una editorial, fama y amistades. En cambio su espíritu emprendedor y aventurero le lanzan a lejanos horizontes en busca de fama y dinero. Blasco Ibáñez destacó rotundamente como novelista, poseedor de unas gigantescas dotes para la narración y la descripción, así como de una imaginación pródiga y fogosa. Su obra padeció fuerzas diametralmente opuestas, mientras el público de todo el mundo devoraba ávidamente sus novelas, se traducían y editaban miles de ejemplares y la gran sociedad americana caía rendida a sus pies, en España sus compañeros de generación le negaban el pan y la sal, y las autoridades censuraban y prohibían sus obras. Negativa actitud que no cambió a lo largo de todo el siglo XX, con la sola y corta excepción de la II República. A tal extremo llegó la negra envidia y los celos que el mismo día de su muerte preguntado Valle Inclán, contestó: "*Yo no he leído nunca a Blasco. Es más. Yo diría que no ha muerto, que es un reclamo para vender más libros. Creo que eso lo hacía bien*". Pío Baroja aprovecha para descalificar a Blasco como representante de la cultura mediterránea: "*No tenía nada de la meseta y mucho menos del Norte. Para los franceses Blasco era otro francés*".

La burguesía, los militares y el clero jamás perdonaron a Blasco sus duras acusaciones. Fue apartado de la mal llamada Generación del 98, cuando Blasco fue el único escritor que atacó y publicó contra la política colonial de ultramar. Tomó posesión de su primer escaño como diputado el 28 de abril de 1898, tres días después de que EE.UU. declarasen la guerra a España, que le obligó a hacer declaraciones que tuvo que defender en el campo de honor, ante militares ofendidos, salvando la vida en alguna ocasión por una simple hebilla que detuvo la mortal bala. Durante su período de diputado en 1898 recibió siete suplicatorios para procesarle por sus artículos contra la guerra y "La paz deshonrosa" y terminaba el año tras las rejas de la cárcel de San Gregorio.



Cañas y Barro-  
Edit Prometeo Valencia, 1902





Podemos afirmar que, salvo Unamuno, en 1898 fue el único intelectual activamente comprometido, clamó en el desierto denunciando los males de la nación, la corrupta administración colonial, la injusticia de las cuotas y el embarque de pobres soldados a Cuba y Filipinas. Utilizó todo su ardor revolucionario ante la pasividad de políticos e intelectuales, mientras millares de mal equipados soldados españoles morían en las selvas de Camagüey y Cavité: *"Los teatros siempre llenos, la plaza de toros rebosantes de gente, y las músicas toca que toca la bendita marcha de Cádiz, y la escuadra sin saberse a punto fijo dónde está y qué hace: Las clases más altas indiferentes, risueñas y felices"*, así describía la indiferencia nacional ante el desastre que sufría nuestra tropa.



Blasco\_Ibáñez,\_Revista Don\_QUIJOTE,31\_enero\_1902

Blasco Ibáñez, como novelista, abordó todo el panorama literario, empezó con la novela valenciana (*Arroz y tartana, Flor de Mayo, La barraca, Entre naranjos y Cañas y barro*) para seguir con la novela social (*La catedral. El intruso, La horda y La bodega*), la novela sobre los toros y la tauromaquia (*Sangre y arena*), las novelas de guerra (*Los cuatro jinetes de la Apocalipsis y Mare Nostrum*), la psicológica (*La Maja desnuda, Los muertos mandan*), de viajes (*La vuelta al mundo de un novelista y Oriente*), cosmopolita (*Cuentos de la Costa Azul*). de aventuras (*El paraíso de las mujeres*), novelas históricas como *A los pies de Venus* o *El caballero de la Virgen*, entre más de cincuenta obras publicadas y cuya crítica literaria aún está por hacer, como denunciaba el profesor Alberto Sánchez, ya hace casi cincuenta años desde las páginas de la *Revista de Filología Valenciana* (1951): *"Falta un estudio completo, rigurosamente sereno que nos delimite los valores estéticos de su obra. Lejos de pasiones y propagandas extraliterarias"*.

¿Y dónde estaban sus compañeros del 98? Azorín publicaba en dicho año un breve folleto titulado *Pécuchet, demagogo*, y un florido artículo sobre Santa Teresa de Jesús. En 1913 desde las páginas del ABC acuñó el término Generación del 98, recordando a *"Un grupo de jóvenes que se dirigían por la calle de Alcalá. Vestían de negro, traje de luto; iban cubiertos con sombrero de copa... se encaminaban al cementerio donde estaba enterrado Larra"*. Se le cayó Blasco de la sagrada nómina, el cual quedó descolocado para la posteridad. Ello a pesar de profesarle una pública admiración, aunque en algún caso pareciera lo contrario. Lo cierto es que por aquel tiempo Blasco Ibáñez estaba bastante ocupado en la Argentina, fundando colonias.

El término del 98 tampoco agradó a los interesados. Pío Baroja afirmó: *"Yo no me creo que haya, ni haya habido una generación del 98: Si la hay yo no pertenezco a ella. En 1898 yo no había publicado apenas nada. Mi primer libro Vidas sombrías, apareció en el año 1900"*, Valle Inclán, igualmente preguntado respondió *"¿Dónde queda eso?"* Estaba bien claro que se debía silenciar y apartar al único escritor que durante el año del desastre defendió valientemente su postura antimilitarista, ante la débil, cuando no inexistente oposición de los noventa y ochistas.

Ni su vida ni su obra, pujante, vitalista, tiene nada que ver con la llamada Generación del 98. Blasco se anticipó a denunciar lo que sus egregios coetáneos lloraron quince años después. Superó la caída del Imperio y saltó colmo una saeta hacia el Mediterráneo en busca de los Borja. Oriente y el Gran Kan, traduce a Diderot y Voltaire, mientras sus compañeros se repliegan sobre Castilla, escriben sobre Cervantes y buscan la ruta del Quijote. Cuando Blasco viaja al Japón. EE.UU.. México. Egipto. Argentina o la India, sus detractores recorrían las sendas del Tomelloso. Dos mundos antagónicos, el germanófilo centralismo y la periferia liberal. Blasco Ibáñez, como novelista, abordó todo el panorama literario, empezó con la novela valenciana (*Arroz y tartana, Flor de Mayo, La barraca, Entre naranjos y Cañas y barro*) para seguir con la novela social (*La catedral. El intruso, La horda y La bodega*), la novela sobre los toros y la tauromaquia (*Sangre y arena*), las novelas de guerra (*Los cuatro jinetes de la Apocalipsis y Mare Nostrum*), la psicológica (*La Maja desnuda, Los muertos mandan*), de viajes (*La vuelta al mundo de un novelista y Oriente*), cosmopolita (*Cuentos de la Costa Azul*). de aventuras (*El paraíso de las mujeres*), novelas históricas como *A los pies de Venus* o *El caballero de la Virgen*, entre más de cincuenta obras publicadas y cuya crítica literaria aún está por hacer, como denunciaba el profesor Alberto Sánchez, ya hace casi cincuenta años desde las páginas de la *Revista de Filología Valenciana* (1951): *"Falta un estudio completo, rigurosamente sereno que nos delimite los valores estéticos de su obra. Lejos de pasiones y propagandas extraliterarias"*.



Blasco jamás escribió de oídas, se documentaba sólidamente antes de acometer una novela, tanto en su bien nutrida biblioteca como viviendo *in situ* el ambiente a describir. Convivió seis meses con el famoso matador Antonio Fuentes, antes de escribir *Sangre y Arena*. Conoció los desastres de la guerra antes de acometer *Los cuatro jinetes*. Viajó a la Argentina para documentarse con destino a la monumental obra *Argentina y sus grandezas*. Visitaba diariamente el casino de Montecarlo para describir los jugadores en su *El fantasma de las alas de oro*. Estudió historia para escribir *El caballero de la Virgen* o *En busca del Gran Kan*. esta última siguiendo los estudios de su amigo, el catedrático de Salamanca. Francisco Maldonado. Malvivió durante un mes en una barraca de la Albufera para describirnos la realidad lacustre en *Cañas y Barro*. La ciudad de Jerez le dedica estos días una calle principal por su novela *La bodega* en recuerdo de sus numerosos viajes a la capital andaluza y la veracidad de su relato que no gustó a los bodegueros de la época, que impidieron hace sesenta y cinco años que se rodara la película de los jornaleros jerezanos.<

Contemporáneo de Joyce. Proust y Kafka, no se interesó por la literatura experimental ni le fue necesaria para darse a conocer, ganar dinero, reconocimiento y lo más importante para un escritor. conseguir miles de ediciones en todas las lenguas del mundo civilizado. Fue acusado de "burgués de agitación" y de escritor "regionalista", pero lo cierto es que ningún otro escritor de la época fue tan conocido en el extranjero, ni fue más internacional que él. especialmente en EE.UU., país lejano, casi inexistente para sus compañeros de generación, donde su nombre fue aclamado y celebrado, otorgándole la Universidad de Washington, el doctorado Honoris Causa, después del éxito de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, de la que la Editorial Dutton de Nueva York logró vender dos millones de ejemplares.

Como reconoce el profesor José Carlos Mainer, justamente Blasco con Benavente fueron de alguna manera los dos representantes internacionales de nuestra literatura, los únicos valores que conocían las universidades extranjeras de la época. El profesor Trapiello opina que *"no hay vida en toda nuestra literatura, si se exceptúa la de Cervantes, más rica en acontecimientos y peripecias que la de Blasco Ibáñez"*.

También destaca Blasco como editor, realiza una loable y aún no superada labor de culturización popular. Además de fundar la Universidad Popular, las bibliotecas y escuelas en las sedes del partido republicano. En 1905 funda en Madrid la editorial La República de las Letras y en 1914 la Editorial Prometeo, que regenta su yerno Fernando Llorca, y comparte con Francisco Sempere, hasta la muerte de este último en 1923. Desde la editorial dirige un amplio abanico de colecciones que recogen desde los clásicos griegos, latinos, españoles y franceses, hasta los principales autores y novelistas del momento, que él mismo se encarga de prologar: Prapa, Gourmont, Jaloux, Bertrand, Pierre Louys, Marx, Kropotkin o Schopenhauer. Edita las obras completas de Voltaire, Jack London, Conan Doyle y Shakespeare, o la colección feminista de Carmen de Burgos (Colombine), que también fue su amante. Sus libros económicos, bien impresos y con artísticas portadas, eran adquiridos por un público económicamente débil, que luego se los cambiaban entre ellos, alcanzando tiradas de miles de ejemplares, que hoy nos parecen imposibles y mucho más en un tiempo en que la tasa de analfabetismo era elevada entre la clase baja y media. En ninguna casa de Valencia, por ignorantes y pobres que fueran, desde el tendero al ferroviario y el albañil, podía faltar uno o varios ejemplares de libros de la editorial Prometeo.

Los viajes llenan la biografía de Blasco como un rosario. Unas veces obligado por exilios y destierros, otro por sus ansias de aventura, conocimiento y placer, empezando por París, que conoce en su primer exilio y cuyas vivencias plasmará en su obra *París: impresiones de un emigrado* (1890), otro destierro le lleva a Italia, donde escribe *En el país del arte* (1896). *Oriente, Argentina y sus grandezas*, *El militarismo mejicano* y *Novelas de la Costa Azul*, son otras impresiones de viajes para terminar con la *Vuelta al mundo de un novelista*, que recoge las impresiones de su último viaje acompañado de su segunda esposa, Elena de Ortuzar, en el lujoso transatlántico "Franconia".



El tiempo me impide comentar su aventura colonizadora en la Argentina, que a corto plazo fue un descalabro económico para Blasco y muchas familias de agricultores valencianos, pero que pasado el tiempo dio su fruto y los descendientes de aquellos pioneros tanto en Cervantes como en Nueva Valencia actualmente viven de la producción masiva del arroz, del arroz cuyas primeras matas llevó Blasco a Corrientes y Río Negro, según nos han informado los intendentes de las mismas que en un caso han visitado Valencia y en otro estos mismos días celebran el cumpleaños de la fundación por el escritor valenciano, rotulando plazas, calles y bibliotecas con el nombre de Blasco Ibáñez.

Quiero destacar y detenerme un momento en una faceta desconocida y tal vez la más importante por la intuición que una vez más demostró el escritor: el cine. Nuevo invento por el que se sintió atraído inmediatamente, después de conocerlo a través de su amigo D'Annunzio. Blasco fue productor de dos filmes, dirigió uno, escribió una docena de guiones originales para el medio y adaptó dos de sus propias novelas, para las principales compañías norteamericanas, francesas, españolas y mexicanas de la época. Hollywood cayó rendido a sus pies. *Sangre y arena* y *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* han sido interpretados por los principales artistas del momento, Rodolfo Valentino, Greta Garbo, Lionel Barrymore, Antonio Moreno, Tyrone Power, Glen Ford, Rita Hayworth o Sharon Stone, o los españoles Concha Piquer y Fernando Rey, *La bodega*, *Entre naranjos*, *Los enemigos de la mujer*, *La tierra de todos*, *Cañas y barro* fueron alguna de las películas que se filmaron, mientras Cantinflas rodaba la parodia *Ni sangre ni arena*. La afición de Blasco por el cinematógrafo le llevó construirse una sala de proyecciones en su palacete de Mentón, donde pasó la mayor parte de sus últimos días, disfrutando de las películas que le mandaban los principales estudios franceses y americanos. Sala que paradójicamente es la única que se conserva, junto con el jardín de los escritores, después del bombardeo que sufrió el chalet durante la II Guerra Mundial.



Nadina\_Bulicciuff\_10\_agosto\_1886

Periodista, político, editor, novelista, viajero, colonizador, múltiples facetas en las que si no fue el mejor en cada una de ellas, sí que destacó en todas como jamás lo había conseguido otro escritor español. Ganó y perdió fortunas. Triunfó y consiguió grandes amores y odios eternos. Arrastró masas y tuvo que salir a uña de caballo en diversas ocasiones. Alcanzó fama y reconocimiento internacional. Francia, EE.UU. y Argentina le tributaron honores de jefe de Estado. Sin duda su turbulenta vida sentimental influyó negativamente en su biografía. Como nos relata su biógrafo León Roca en *Los amores de Blasco Ibáñez*, narra entre otros la relación amorosa con la actriz rusa Nadina Bulicciuff, cuatro días antes de contraer matrimonio con doña María, su primera esposa, y que seguramente sirvió de modelo para la creación de Leonor en la novela *Entre naranjos*.

Fogoso, pasional y contradictorio en sus acciones, fue constante en la defensa de sus ideales democráticos que le acompañaron hasta el último día de su muerte, ocurrida un día antes de cumplir sesenta y un años. Josep Pla, en una de las mejores semblanzas que se han escrito sobre Blasco, afirma que en los últimos años de su vida: "*els únics moments de relaxació autèntica es produïen quan trucava a la seva porta de Menton algú repúblicà de les terres valencianes. Llavors Blasco ho deixava tot, suspenia tota la seva vida diriem pública*". Fue un inconformista que vivió a contracorriente: pro-aliado, republicano, demócrata, masón y anticlerical en una España germanófila. monárquica, católica y fascista. Nunca contó con el apoyo de los

poderosos a los que atacó despiadadamente. Durante cien años, la censura, la crítica destructiva y la marginación han calado profundamente en la sociedad, y a excepción de nostálgicos seguidores, su vida y su obra han pasado desapercibidas para las nuevas generaciones que no lo conocen porque no lo encontraron, ni estudiaron en los libros de texto, en ningún nivel educativo, que a lo sumo lo presentaban como un escritor folclorista de tercera categoría.



## Blasco Ibáñez, entre Galdós y Pla

Por Vicente Molina Foix- Revista *Letras Libres*. 1 febrero 2021

A su ostentoso y arriesgado populismo periodístico, y a su permanente compromiso de agitador libertario convertido a la postre en el escritor mundial más adinerado del primer tercio del siglo XX, se le suma, digámoslo así, su carencia de estilo, su arrolladora facilidad en la inspiración sin esfuerzo.

Poco tiempo después del fin de la Primera Guerra Mundial, un joven periodista gerundense con aspiraciones políticas, Josep Pla, visitó a Vicente Blasco Ibáñez en su magnífica villa de la Costa Azul, donde el escritor le acogió con simpatía y se dejó entrevistar. Blasco era, tal como lo describe Pla, “un hombre absolutamente rodeado de gloria, no de una gloria académica, sino popular, dilatada”; un hombre “rico, ruidoso, importante”, cuyo nombre “volaba de un continente al otro”. Y añade Pla en su vivísimo perfil, uno de los mejores de la gran galería de retratos titulada *Homenots*:

“no creo que nunca ningún escritor de lengua castellana haya llegado desde el punto de vista de la difusión –y del rendimiento– a los resultados a los que llegó el voluminoso valenciano” (las traducciones del catalán son más).

El volumen, el rendimiento y la cuantía son componentes fundamentales a la hora de enjuiciar la amplísima literatura de Blasco Ibáñez, al igual que sucede con los también muy prolíficos Pío Baroja y Pérez Galdós; de este último el autor de *Los cuatro jinetes del apocalipsis* se sintió deudor, tanto en la militancia progresista como en el talante literario no exento de ribetes folletinescos, mucho más acentuados en Blasco Ibáñez que en don Benito. Tuvieron asimismo cierto trato personal (reflejado en un apéndice epistolar muy sabroso y un tanto subido de tono recogido en el tomo VI de las *Obras completas* de Blasco Ibáñez en Aguilar); y afinidades republicanas muy marcadas, que a Blasco le supusieron detenciones, escapatorias inverosímiles, destierros y penas de cárcel; les separa, sin embargo, el concepto a la hora de novelar. Galdós fue maestro incomparable de un historicismo trascendido y fundido con la ficción, sobre todo en el que para mí es su logro más imperecedero, el conjunto y en especial las cuatro primeras series de los *Episodios nacionales*. Blasco Ibáñez, al contrario, hace primar en sus novelas históricas una paleta romántica dulzona y sensacionalista, opuesta en gran medida al brioso color local de su primera fase de trasfondo valenciano, con títulos tan señalados como *Flor de mayo* (1895), *La barraca* (1899) o *Cañas y barro* (1902).

Enclavado por edad y afanes regeneracionistas en la generación del 98, habitualmente se le desgaja de ella, y no solo por falta de méritos; a su ostentoso y arriesgado populismo periodístico, y a su permanente compromiso de agitador libertario convertido a la postre en el escritor mundial más adinerado del primer tercio del siglo XX, se le suma, digámoslo así, su carencia de estilo, su arrolladora facilidad en la inspiración sin esfuerzo. Comparado por tanto con Azorín, con Valle-Inclán o Unamuno, Blasco Ibáñez no tenía acomodo en aquel parnaso de grandes artífices de la lengua. Pero Blasco era consciente de tal cortapisa, “la carcoma de su vida”. Y como en Madrid, si creemos el relato de Josep Pla, al valenciano se le tomaba por “un escritor basto”, en la última década de su vida, ya multimillonario, Blasco tuvo albergado *full time* en su lujosa villa de Menton, junto a los mecánicos de sus grandes coches, las gobernantas y los cocineros de más postín, a un exseminarista de Cuenca en calidad de secretario perpetuo. O más que eso. Según Pla, a Blasco le indignaba que a Pío Baroja, por citar a un rival de escritura no muy depurada, sus colegas le perdonasen “las más grandes extorsiones al espíritu de la lengua”, mientras él se veía obligado a demostrar a diario que era un escritor “situado dentro del diccionario y de la Gramática de la Academia, que sabía que el verbo *haber* se escribe con *h*”. De

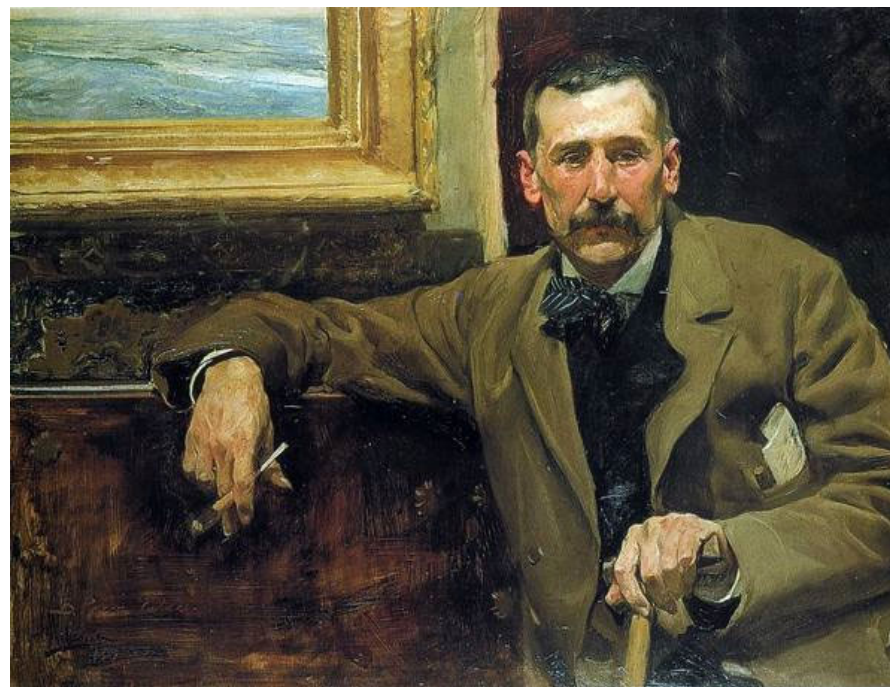




ahí la contratación del mortecino pero escrupuloso corrector, “que se encargaba del pluscuamperfecto” (Pla *dixit*) en cada una de las páginas de cada una de sus numerosas novelas de los últimos años, más impecables gramatical y sintácticamente pero “hervidas y evaporadas” después de pasar por las manos conquiscentes.

Blasco Ibáñez se aleja de Pérez Galdós en el cosmopolitismo de sus escenarios, algo que al autor de *Fortunata y Jacinta* le atrae poco. Ahora bien, Blasco Ibáñez fue un gran turista cosmopolita y a la vez un hombre de infinita curiosidad y afanes solidarios: el novelista dio geográficamente la vuelta al mundo, atento siempre a las inclemencias que la historia hace sufrir a los seres humanos de cada confín.

Y hay que resaltar su gran cultura europeísta, demostrada como promotor en la notable editorial valenciana Prometeo, de la que fue muchos años director literario además de autor central de la casa. Otro aspecto de su trayectoria insuficientemente valorado es el de crítico, perspicaz y muy al día en sus conocimientos de la narrativa contemporánea; en el muy interesante libro *Estudios literarios* (publicado póstumamente en 1934), sobresale la atención que Blasco presta a autores entonces no considerados por el canon, como el simbolista Rémy de Gourmont, el versátil futurista italiano Ricciotto Canudo, o J. K. Huysmans, autor de *A contrapelo (À rebours)*, una de las grandes novelas de la modernidad.



Retrato de Benito Pérez Galdós por Sorolla - 1894

Aunque fue, como ya se ha dicho, un explorador de todo lo mundano, Blasco alcanza su mejor nivel de observador y guía infalible en la literatura viajera, y dentro de ella cuando fija su mirada en los paisajes y civilizaciones del Mediterráneo, siendo a ese respecto uno de sus grandes libros, si no el mejor, *En el país del arte*, publicado en 1896 tras haber sido serializado a modo de crónicas –enviadas desde uno de sus exilios políticos– en *El Pueblo*, el periódico progresista fundado por él mismo en Valencia.

*En el país del arte* lleva como subtítulo *Tres meses en Italia*, y sorprende en primer lugar que unos textos tan pormenorizados, entre la impresión lírica y el apunte histórico más certero, tuvieran cabida y seguimiento lector en un diario regional y proletario como era *El Pueblo*. Asombra aún más que, habiendo salido precipitadamente de España y sin dejar de viajar mientras escribe, Blasco Ibáñez muestre unos conocimientos tan profundos de las grandes ciudades que visita, de sus artistas, sus monumentos e iglesias, y de sus adalides, vistos unos con la antipatía de un anticlerical recalcitrante y otros como libertadores formidables de la opresión papal y aristocrática. El arranque del libro, con la llegada a Génova desde Francia, es deslumbrante; en una prosa de extraordinaria riqueza y brillo narrativo, Blasco salta de una picante descripción del uniforme narcisista y ceñido de los militares nacionales al lamento de la grandeza arruinada de los grandes palacios mercantiles, sin pasar por alto los panteones y tumbas del famoso cementerio genovés, que describe atinadamente como “museo de escultura de encargo”.





Blasco Ibáñez retratado por su amigo Joaquín Sorolla, 1906

La potencia y variedad del estilo de Blasco, cuando se siente libre de hilar tramas y recalcar las voces dialogadas, es constante. La evocación muy novelesca de Pompeya sepultada por el Vesubio, en la visita napolitana, contrasta con la libertad formal de introducir en el capítulo x una larga y elogiosa semblanza del tenor navarro Julián Gayarre. Al mismo tiempo el narrador radicalmente ateo no elude, en el capítulo XX, la glosa de la basílica de San Pedro en Roma; la abrumada descripción de la belleza del conjunto vaticano puede más en él que su acendrada inquina papista. El viaje termina, y con él el libro, con seis magníficos capítulos venecianos, donde el escritor sabe esquivar los tópicos lagunares; su talante es irónico al escribir sobre los gondoleros, “vestidos con todas las variedades que la sastretería de opereta ha podido encontrar para los coros de marineros”, y a la vez meditativo, describiendo elocuentemente el silencio de la ciudad de los canales. Denuncia los manejos de la Inquisición veneciana en páginas muy vibrantes, recorre con espanto las lóbregas cárceles de la república marítima, y también en sus paseos caben los pequeños relatos anecdóticos, el realce dado a la figura audaz de Casanova, y el buen criterio artístico, al señalar al dieciochesco Giambattista Tiepolo, cuando casi nadie lo hacía, como uno de los grandes pintores de la escuela véneta a la altura de Tintoretto o Veronese.

Blasco Ibáñez dio en el teatro Odeón de Buenos Aires a lo largo de 1909 un muy aplaudido ciclo de conferencias, una de las cuales llevaba por título *Cómo se hace una novela*, se trata de las consideraciones de un cultísimo lector sobre su propio arte, y está llena de homenajes a Balzac pero no a Zola, quizá por el hartazgo de que algunos le llamaran a él “el Zola español”. En carta posterior (de 1918) al filólogo Julio Cejador, Blasco reconoce haber leído mucho y con gusto, de joven, al autor de *Los Rougon-Macquart*, pero toma distancias: “Él [Zola] llegaba al resultado final lentamente, por perforación. Yo procedo por explosión, violenta y ruidosamente.”

En la conferencia de Buenos Aires se encuadra literariamente de un modo menos rimbombante, distinguiendo entre la poesía y la novela: “Se puede ser poeta sin el sentido de la vista; novelista no. El poeta puede vivir su vida interior, sin describir la exterior. El novelista ciego podría, a lo más, hacer una sola novela: la de sus sensaciones y sentimientos propios. La segunda novela sería imposible.”

Resulta claro que Blasco Ibáñez tuvo el don de la vista, y una vista muy larga y provechosa.□



## El último viaje de Vicente Blasco Ibáñez . Los cinco años entre su muerte (28 enero 1928) y la repatriación de sus restos a Valencia (29 octubre 1933)

Xavier Oms. *El Periódico de España*. Valencia 12 diciembre 2022



El sábado 28 de enero de 1928 a las nueve de la mañana se recibió en la redacción del diario *El Pueblo* el siguiente despacho: "**Azzati-Valencia. Te comunico que mi padre ha fallecido esta madrugada a las tres. Consternadísimos. Abrazos. Sigfrido**". Pocas veces la noticia de una defunción ha causado tanta conmoción en València. Cinco años después, el 29 de octubre de 1933, esa conmoción se hizo patente en la multitudinaria manifestación popular -unas 300.000 personas, según la prensa - recibiendo los restos de Vicente Blasco Ibáñez.

Hacía apenas un mes que había regresado a su villa de Fontana Rosa en Menton procedente de París, para reponerse de una gripe, pero en pocos días la enfermedad se fue complicando hasta terminar en una bronconeumonía que unida a los problemas crónicos que arrastraba le llevaron al fatal desenlace. En el momento del óbito estaban presentes sus hijos Mario y Sigfrido, su segunda esposa, Elena Ortúzar, Fernando Llorca, gerente de la Editorial Prometeo, y su secretario particular, Gabriel García Azorini, con los que horas antes había estado comentando su proyecto de nueva novela «La juventud del mundo».

A pesar del interés que mostró un colectivo de escritores y periodistas de enterrar al escritor en tierra Valenciana, Félix Azzati les comunicó, siguiendo los deseos del mismo Blasco,

no ser enterrado en su ciudad natal hasta que las condiciones políticas y sociales del momento -Dictadura de Primo de Rivera- no cambiaran. Según el diario *El Pueblo*, «se le sacó una mascarilla por el mismo escultor que hizo la de Dostoyevski y también una reproducción de su mano derecha». Su cadáver fue envuelto en una senyera de València y en su féretro se depositaron unos puñados de tierra de la huerta valenciana. La capilla ardiente se instaló en su biblioteca y finalmente fue enterrado en el cementerio de Mentón.

Difícil es deslindar el Blasco político del escritor y bien es cierto que provocaba tanto amor como odio, pero la unanimidad que no consiguió en su partido, la tuvo sin lugar a duda a su fallecimiento con las muestras de cariño y reconocimiento que recibió, no sólo a nivel local sino también nacional y del extranjero.

Aunque también tuvo sus excepciones. Preguntada su opinión sobre Blasco Ibáñez a Ramón María del Valle Inclán, éste afirmó que nunca había leído a Blasco Ibáñez, quitando de algunos fragmentos de «La Barraca» publicados en un folletín, «lo suficiente para darme cuenta». Y a la pregunta de qué se había dado cuenta, ésta fue su respuesta: «No hablemos más de eso. Es más, yo les diría a ustedes que Blasco no se ha muerto. Esto, señores, es un reclamo. Creo que eso sí lo hacía muy bien».

Menos esperpénticas fueron las palabras de Pío Baroja, aunque tampoco, nada laudatorias: «Las novelas de Blasco Ibáñez, como gustarme, no me gustan ... lo de Blasco es una cosa superficial, algo así como un reportaje muy brillante. Pero esto para mí tiene escaso interés».





Pero las condiciones políticas cambiaron el 14 de abril de 1931, y la maquinaria para traer los restos de Vicente Blasco a València se puso en marcha; el 29 de octubre de 1933 atracaba en el muelle de poniente del puerto de València, el acorazado Jaime I con el féretro que contenía los restos de Blasco, escoltado por los destructores «Alcalá Galiano», «Churruca» y el destructor francés «Casard», haciéndoles el pasillo dos filas de barcas de la Pesca del Bou. Una gran muchedumbre abarrotaba el puerto. En la tribuna de autoridades, el Presidente de la República don Niceto Alcalá Zamora, acompañado del alcalde accidental de València, don Manuel Gisbert, el President de la Generalitat Catalana, Francesc Macià, ministros, otras autoridades locales y la viuda e hijos de Blasco.

A las diez treinta el féretro descendía lentamente entre los aplausos de la gente, los estampidos de las salvas de ordenanza, los acordes del Himno de Riego, el rugido de los motores de una escuadra de aviones y el aleteo de miles de palomas puestas en libertad. Una vez en tierra, veinte marineros de la Unión de Pescadores del Grau se hicieron cargo del féretro, iniciándose la comitiva que lo conduciría hasta la Lonja, donde el féretro con sus restos estaría expuesto al público hasta el cinco de noviembre.

Tras recorrer la Avenida de los Aliados -actual Avenida del Puerto-, la comitiva oficial se organizó en el Puente de Aragón frente a la Avenida Marqués del Turia; allí los recibió una Batería de Artillería, una Compañía de Infantería y un Escuadrón de Caballería que le rindió honores de Capitán General con mando en plaza. Cada media hora, hasta que la comitiva llegó a la Lonja la artillería estuvo disparando salvas en la Ciudadela mientras una escuadrilla de aviones evolucionaba en el cielo, las bandas de música interpretaban a su paso y tanto en la calle como en los balcones se agolpaba la gente. Navarro Reverter, Colón, Xàtiva, Nicolás Salmerón -hoy Marqués de Sotelo-, plaza de Emilio Castelar -actual del Ayuntamiento- dónde oficialmente se despidió el duelo, Pablo Iglesias -hoy María Cristina- y finalmente la Lonja, donde durante una semana estuvo expuesto a la ciudadanía el féretro de Vicente Blasco.

A las diez de la mañana del domingo 5 de noviembre, partió de la Lonja la comitiva portando el féretro de Blasco Ibáñez por la Avenida Pablo Iglesias, pasando por delante del Ateneo, Barcas y Don Juan de Austria. Se detuvo el cortejo delante de la redacción del diario El Pueblo. Aplausos y vítores primero y luego profundo silencio, mientras desde la sede de Unión Radio sonaba la Marcha Fúnebre de Chopin. Continuó la comitiva por Colón y Xàtiva para por Jesús llegar hasta el Cementerio General, donde recibió sepultura.

El 28 de enero de 1935, se colocó la primera piedra de lo que tenía que ser un Mausoleo a Blasco Ibáñez encargado por el Ayuntamiento de València al arquitecto Javier Goerlich. Por su parte, Mariano Benlliure, dos meses después, tenía finalizado el sarcófago -en realidad un cenotafio- que debía presidir el monumento funerario. El estallido de la Guerra Civil paralizó las obras. Finalizada la guerra, el mausoleo fue derribado y la cripta cegada. Hoy sobre este terreno se hallan las instalaciones del Crematorio Municipal.□



1 Llegada del acorazado Jaime I



2 Paso del cortejo por la redacción de *El Pueblo*



3 Sarcófago creado por Mariano Benlliure





## ¿Por qué Franco y Hitler prohibieron los libros de Vicente Blasco Ibáñez?

Salvador Enguix. La Vanguardia Valencia. 19 septiembre 2024



Vicente Blasco Ibáñez, en su casa de La Malvarrosa, Valencia

La nómina de escritores censurados fue extensa, e incluía a autores internacionales como Voltaire, Lamartine, Marx, Freud o Rousseau y españoles como Pardo Bazán, Valle Inclán, Pérez Galdós, Pío Baroja, Ortega y Gasset o Federico García Lorca, entre otros muchos. En su artículo académico *De quemas y purgas, el bibliocausto franquista durante la Guerra Civil* (2016) la investigadora Ana Martínez Rus señala que “la represión cultural, basada en la quema de publicaciones, la censura y en el control de la información, formó parte de la represión generalizada de los militares sublevados y fue un capítulo más de la violencia ejercida por el régimen franquista”.

En esas primeras listas antes de 1939 aparecían también “todos” los libros de Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928). El dato viene destacado en el nuevo libro que ha publicado el periodista y escritor Paco Cerdà, *Presentes* (Alfaguara). Ana Martínez señala en su texto que una de las órdenes para el “expurgo de libros” de junio de 1938 justificaba la prohibición de libros de varios autores de la siguiente manera: las producciones de Pío Baroja “constituyen uno de los más mortíferos venenos intelectuales”, de Pérez Galdós afirmaba que “con su espíritu liberal y con su mal reprimido odio a la Iglesia, mayores estragos ha causado en la sociedad española del pasado siglo y todavía sigue causando”, y del valenciano Blasco Ibáñez decía “que con facultades extraordinarias de escribir ha realizado una labor demoledora e inmoral con todas las producciones”.

El franquismo y el nazismo odiaban las posiciones políticas del autor de 'La barraca', y la denuncia social y el anticlericalismo que difundía en sus obras

La familia de Blasco tuvo que emigrar a México en 1939. La dictadura borró su nombres de las calles, ocupó su chalet de La Malvarrosa y destrozó su estatua en Burjassot

La historia confirma que una de las primeras decisiones que adopta un dictador cuando asciende al poder es depurar el sistema educativo y censurar libros; es decir, acosar a las personas (profesores, investigadores, etcétera) que ayudan a mejorar nuestra formación y eliminar los textos que invitan a la reflexión y a comprender el mundo. Resumiendo: controlar las ideas. Francisco Franco no fue una excepción y durante la Guerra Civil y, especialmente tras la victoria, se ordenaron amplias listas de las obras - literatura, ensayo, historia, poesía e incluso ciencia - que debían ser eliminadas de todos los circuitos, desde las bibliotecas hasta las instituciones académicas. Con el añadido de que si en algún registro contra un sospechoso se le encontraba uno de estos libros, se agravaría su imputación.



“En el caso de Blasco odiaban su obra y su persona, era un personaje que había que borrar de la memoria”, señala el secretario de la Fundación Centro de Estudios Blasco Ibáñez, Ángel López. “El franquismo tenía muy presente que el novelista valenciano había sido anticlerical, anti-monárquico, republicano, agitador cultural, difusor de la cultura para las clases populares, sensible a las necesidades de los más pobres y, además, masón”, añade. Recuerda que cuando Franco ganó la guerra “borraron además su nombre de las calles e incluso destrozaron la estatua que sobre Blasco se había erigido en Burjassot; su familia tuvo que huir de España”.

Francesc Bayarri, periodista y escritor, dedicó un capítulo de su obra *Matar Joan Fuster* (Austrohongaresa, 2018) para narrar, entre otros, cómo el franquismo, y en especial la falange, se obsesionó en anular la memoria del autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Señala en un capítulo titulado *Blasco Ibáñez, a l'esquerra* que tras la victoria de Franco “buena parte de la familia de Blasco cruzó los Pirineos huyendo del franquismo. En 1941, una organización juvenil de Falange, *Flechas Navales*, decidió instalarse en la mansión de la Malvarrosa que el escritor había construido a principios de siglo”.

Sigue Bayarri narrando que “los ocupantes causaron importantes destrozos, en especial les parecían ofensivas las cariátides de torso desnudo que había esculpido Rafael Rubio”. Recuerda en este texto también que “la mayoría de los descendientes de Blasco vivieron en el exilio de México”. “En los años sesenta, la hija del escritor, Libertad Blasco Ibáñez Blasco, volvió fugazmente a València para visitar a su hermano Mario que se moría. Según contó ella al periodista Jaime Millás en 1981, los falangistas le dieron tres días para que abandonara la ciudad y volviera al exilio”.

Ángel López ofrece más detalles del sufrimiento de los descendientes de Blasco tras la Guerra Civil. “Fueron acosados y no pudieron comenzar a recuperar la memoria del escritor hasta los años sesenta”. En la entrevista en *El País* que cita Francesc Bayarri, Libertad, con 86 años, recordaba que “cuando los nacionales entraron en Valencia, quemaron todos los libros y cosas personales que le habían acompañado provisionalmente en el cementerio”. “Me fui a Barcelona sin saber nada de mi hijo, que luego llegaría a Francia con el Ejército republicano. Cruzamos la frontera por Port-Bou, todo el monte a pie, cargados con maletas. Cruzamos el mismo día del aniversario de mi padre, el 28 de enero de 1939, con lo puesto, sin un céntimo”.

Añadía que “mi marido, Fernando Llorca, que fue gerente de la Editorial Prometeo, fundada por mi padre, murió poco después y lo enterramos en Auterive, cerca de Toulouse. Desde allí el Gobierno republicano en el exilio nos arregló unos billetes para ir a México. Mi hija se quedó en Valencia, porque era menor de edad, con unos amigos”. Su mayor desencanto fue que, cuando volvió València en los sesenta, no había ningún recuerdo de Blasco Ibáñez. “Los edificios donde vivió han desaparecido. La casa donde se imprimía el diario *El Pueblo* -yo nací allí, en un piso encima de las máquinas del diario- es ahora un banco. Su casa natalicia, y donde tenía la Editorial Prometeo, en la Gran Vía Germanías, también se ha destrozado”. □

Pero no solo Franco censuró los libros de Blasco Ibáñez. También lo hizo el nazismo consciente de que el novelista valenciano, que había alcanzado una enorme fama internacional, se había posicionado contra Alemania ya en la I Guerra Mundial. De hecho, Blasco simpatizó con los aliados durante un conflicto bélico del que fue testigo en primera persona, pues estuvo en las trincheras. El autor escribió una *Crónica de la guerra europea: Una historia de la Primera Guerra Mundial* en la que se recogen sus crónicas de aquel conflicto. Y obras como *Los cuatro jinetes...* eran textos profundamente antibelicistas. □



Casa-Museo de Vicente Blasco Ibáñez en la Malvarrosa, antigua residencia del escritor que fue ocupada por los falangistas (Valencia)

